

# Textos breves de Antonio Pereira

R. D.

Este escritor, nacido en Villafranca del Bierzo pero residente en Madrid, tiene una vasta y destacada trayectoria en el mundo de las letras.

Su obra abarca la poesía y la narrativa por iguales y ha sido acreedor a numerosos premios literarios; entre los que descuellan, figura el Premio Fastenrath de la Real Academia Española

Estos textos breves, de fina ironía e impecable redacción, han sido publicados en «Picassos en el desván» que editó Mondadori.

Antonio, al que conozco personalmente, es tan auténtico como el narrador que se desliza en estas historias llenas de vívido encanto.

## **Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos**

Una vez estaba Pepín Ramos el poeta inspirado en la taberna que llaman el Senado, sentado a la mesa tosca, haciendo su papel de poeta inspirado. Todos lo respetamos mucho en sus esperas de la voz misteriosa, aunque se le haya visto una página terminada. Vino un parroquiano de la taberna con la alegría lúcida de los primeros vasos y fisgó el renglón que campeaba en la hoja:

«Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos»

El verso hermoso, todavía único, con que iba a arrancar el poema.

El parroquiano suspiró:

- Es un empiece, Pepín. Pero ahora qué.

## **La Violinista**

A veces viene a la provincia la Sinfónica de Bratislava o una lejanía así.

Es una novedad pero no toda la novedad está en la música.

Esa chica del violín que en la orquesta está lánguida de melena y a lo mejor se llama María o Claudia, educada para la vibración casi celeste, trémolos, pizzicatos, a esa mujer vestida de raso ni se le ocurre que en la sala hay ojos codiciosos de hombres que la apartan a ella del conjunto e imaginan juegos de amor para sus manos, dedos.

## **The End**

Al saberse que iban a derribar el cine municipal los teléfonos empezaron a funcionar y fuimos bastantes los que viajamos a nuestra ciudad para decir adiós al caserón donde habíamos aprendido tantos gestos.

Había que adelantarse a la piqueta desalmada. Cada cual quería quedarse con un recuerdo, los viejos carteles de un trasatlántico con las luces encendidas o de apariciones de la Virgen o de los besos de tornillo de una espía rusa.

Al final, decidieron que habría una voladura controlada. Sería la última película que nos diesen.

Pero el espectáculo fue que al estampido de la dinamita se espantaron los caballos de la Remonta y rompieron vallas y galoparon las calles, y todos caímos en la cuenta de que no hubiera podido existir el arte del cine si no se hubieran inventado los caballos.

**Antonio Pereira**